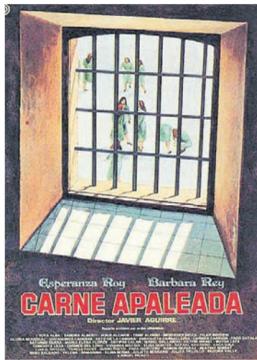
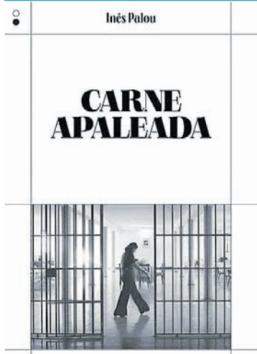


Álbum



A la izquierda, Esperanza Roy en 'Carne apaleada'. Arriba, cartel de la película de 1978; abajo, portada de la nueva edición del libro.



UN TESTIMONIO ÚNICO

La editorial Colectivo Bruxista recupera 'Carne apaleada', la novela autobiográfica de Inés Palou que retrató la vida en las prisiones de mujeres en los últimos años de la dictadura.

El 'best seller' carcelario que escandalizó al tardofranquismo

RAFAEL TAPOUNET
Barcelona

«Le sirvo en bandeja de plata el éxi- to para el próximo Planeta». Eso decía la nota que Inés Palou Ros envió al editor José Manuel Lara poco antes de arrojarle a la vía del tren en Gelida un día de septiembre de 1975, mientras Franco agonizaba. La segunda novela de Palou, *Operación Dulce*, era una de las que optaban al Premio Planeta de aquel año. En la votación final quedó tercera, por detrás de *La gangrena*, de Mercedes Salisachs, y de *El pájaro africano*, de Víctor Alba. Aun así, Lara decidió publicarla, espolvoreado por el reclamo publicitario del dramático suicidio de la autora y por las bue-

nas ventas que había cosechado el primer libro de Palou, un insólito volumen de memorias carcelarias titulado *Carne apaleada* que escandalizó a la España de la época, fue olvidado con el tiempo y acaba de ser recuperado por la intrépida editorial Colectivo Bruxista.

Lo que convierte a *Carne apaleada* en una novela única casi medio siglo después de su aparición es su condición de retrato crudo de la vida en las cárceles de mujeres durante el franquismo escrito en primera persona por una presa común. Más allá de rebautizarse en el libro como Berta Costaleda, Inés Palou apenas se molestó en camuflar que todo lo que se relata en el libro se corresponde al milímetro con su propio itinerario personal,

desde que en mayo de 1968 ingresó por primera vez en prisión hasta que, una vez recobrada la libertad, se hundió bajo el peso de una relación catastrófica con una mujer mucho más joven a la que había conocido en la cárcel de Lleida.

Flores para Alfonso XIII

Nacida en 1923, Inés Palou pertenecía a una familia distinguida de Agramunt (Urgell). Con siete años, fue la niña elegida para entregar un ramo de flores a Alfonso XIII durante una visita del rey a la localidad (la foto apareció en la portada de *La Vanguardia*). Más adelante, estudió Comercio y Peritaje Mercantil y entró a trabajar en una fábrica de harinas. Una serie de irregularidades en la contabilidad de la



Inés Palou, en 1975, en la única foto que se conoce de la escritora.

empresa provocaron una denuncia por desfalco y un litigio de siete años que desembocaron en la detención, primero, y la condena, después, de Palou por fraude y apropiación indebida.

En *Carne apaleada*, la autora incluye un pasaje autoexculpatorio

referido a ese primer delito, del que se declara inocente. Después vinieron otros —pequeñas estafas, pagos con cheques sin fondos...—, y ahí sí que no tiene reparo en admitir su culpa, aunque los atribuye a la transformación que experimentó en la cárcel tras sufrir una cadena de humillaciones. «Hay quien digiere la tragedia y la convierte en comedia —escribe—. Pero hay quien no logra vencer la nueva situación, no consigue superar esa situación límite y rompe las barreras de la contención. Entonces el delincuente —que nunca nace, sino que se hace— empieza a formarse».

En su periplo taleguero, Inés/Berta, una mujer de mediana edad y clase acomodada de un pueblo de provincias, va recalando en diversas cárceles españolas y allí convive con asesinas, prostitutas, atracadoras, comunistas, ladronas, drogadictas, adúlteras, *hippies*, aborteras, terroristas y mujeres condenadas por abandono del hogar. Todas ellas aparecen retratadas en la novela con una mezcla de afecto y perplejidad. Entre los muros de la prisión se despliega ante los ojos de la autora un mundo que el franquismo se había encargado de mantener oculto. El descubrimiento más determinante, en cualquier caso, se llama Senta y es una mujer rubia y delgada de 25 años, madre soltera, lesbiana, que

Alba Vigaray

Inés Martín Rodrigo

La ganadora del Premio Nadal en 2022, redactora del suplemento de libros 'Abril', publica 'Una homosexualidad propia' (Destino), donde hace pública su orientación sexual y recupera sus referentes culturales lésbicos.

«La mujer homosexual todavía es invisible»

JACOBO DEL ARCE
Madrid

— Empecemos por la última frase del libro: «La literatura también es un compromiso». ¿Ese compromiso, aquí, ha sido más personal o más político?

— Todo lo personal es político. Este es un libro personal y, por tanto, político. Empezó siendo un texto reivindicativo, que yo necesitaba escribir por mi propio compromiso, no solo social, sino literario, y terminó convertido en un texto de autoconocimiento. La escritura siempre te descubre cosas sobre ti que no sabías. Amí ya me había pasado con la ficción, pero nunca había escrito no ficción, y he comprobado que incluso te descubre más cosas que la ficción.

— ¿En qué momento tuvo claro que aún es necesario hablar de algo tan aparentemente superado como cada cual pueda querer o acostarse con quien quiera?

— Yo creo que la clave la has dado tú en la pregunta: «aparentemente superado». Por fortuna, este es un país en el que los derechos de los homosexuales están garantizados. De hecho, España es un referente en ese ámbito. Pero vivimos un momento especialmente crítico y creo que no somos conscientes de lo frágiles que son esos derechos. Hay que defenderlos a diario.

— A lo largo del libro hay pequeños comentarios políticos, apuntes sutiles. Dice, por ejemplo: «Fue libre cuando el término libertad aún no se había corrompido políticamente». ¿Cuánto le preocupa la política?

— Me preocupa en tanto que la política nos define, aunque no nos demos cuenta de ello. Estamos viendo cómo, ya no solo a nivel europeo, sino a nivel mundial, está habiendo un auge de la extrema derecha. Y eso nos tiene que preocupar, lógicamente.

— Menciona el aumento de las agresiones homófobas. ¿Ese clima ha sido un elemento catalizador a la hora de escribirlo?

— Creo que no fui consciente de eso cuando me puse a escribirlo, porque el libro surge de una manera muy orgánica. Es fruto de una conversación con mi editora en la que sí tocamos temas como el aumento de las agresiones homófobas, y donde hablamos de cómo yo quería dejar de ser invisible. Es verdad que este horizonte preocupante que se dibuja delante de nosotros quizá no actúe como catalizador, pero sí es un contexto que influye en el libro.

— Cuenta cómo en el descubrir su orientación sexual han tenido un papel básico los referentes culturales: series, películas, música, libros sobre todo. Pero también del deporte.

— Referentes que yo tuve que buscar, ojo. Todos esos referentes culturales, sociales, deportivos —creo que lo único que no hay son referentes políticos, curiosamente—, no eran fácilmente visibles. Pero tuve la suerte de conocer a personas maravillosas que me los fueron descubriendo. Es muy triste que una mujer joven que intenta verse reflejada en los productos culturales, en la cultura mayoritaria, no encuentre esos reflejos. Y cuando los encuentra, los pocos que hay son unos referentes, en mi opinión, muy per-



Inés Martín Rodrigo, el pasado lunes en Madrid.



«Las palabras pueden herir. Hemos de tener mucho cuidado a la hora de elegir las»

«La educación es un aspecto sumamente descuidado en nuestra sociedad»

versos y muy tópicos. Porque no hay un solo modelo de mujer homosexual. Igual que no hay un solo modelo de mujer heterosexual. Y, en la cultura, las mujeres homosexuales hemos sido muy mal representadas.

— En el libro dice que ama las palabras, pero arranca con una que le hizo mucho daño de niña: 'marimacho'. ¿Las palabras también pueden herir como cuchillos?

— Claro que las palabras pueden herir. Igual que las palabras pueden enamorarte. Por eso tenemos que tener tantísimo cuidado a la hora de elegir las que empleamos, que van a formar parte de una entrevista o van a construir un libro. Pero también a

la hora de relacionarnos a diario. Y cuando, sin darnos cuenta, empleamos el término 'marimacho', probablemente no estamos siendo conscientes del daño que esa palabra puede provocar en una niña de diez años.

— Como cuenta, 'marimacho' no es definida por la RAE como una palabra despectiva, en cambio 'marica' sí. ¿Persiste mucha desigualdad de género en el lenguaje?

— En el lenguaje, en la sociedad, en todo. Y en el caso concreto del que estamos hablando, la mujer homosexual sufre una doble discriminación: por ser mujer y por ser homosexual. Desde mi punto de vista, y por lo que yo he vivido, los hombres homosexuales tienen, pese a la discriminación, un lugar más reconocido y reconocible en la sociedad. La mujer homosexual todavía es invisible.

— Esa desigualdad en el lenguaje, ¿se empieza a solucionar con una mayor diversidad en la RAE o con cambios más profundos?

— Yo creo que es una cuestión de educación, no de instituciones. La educación es un aspecto sumamente descuidado en esta sociedad. Y me refiero ya no solo a la que se imparte en los centros educativos, sino a la que los niños y las niñas reciben en sus casas, a las palabras que escuchan, incluso. ■